

Con corazón oratoriano nuestro gracias

Queridas hermanas,

¡GRACIAS! Con esta simple e intensa palabra deseo llegar hasta vosotras, para expresar mi agradecimiento en la cita anual de la Fiesta del Gracias mundial que nos une como familia y hace cada vez más real y profunda nuestra comunión.

Este año vamos a celebrar el esperado acontecimiento el 26 de abril en Cotonú (Benín), en la Inspectoría "Madre de Dios" África Occidental (AFO). Estaremos profundamente unidas también con las comunidades educativas de todo el mundo en un gracias grande al Señor por los muchos signos de su Amor. La Inspectoría, con motivo del 25º aniversario de su erección canónica (5 de agosto 1992), ha elegido conmemorar este acontecimiento histórico dando vida a una nueva presencia misionera en Burkina Faso, abriendo en el municipio rural de Koubri un centro de formación y una casa de acogida para los jóvenes en situación de riesgo.

Vuestra solidaridad en esta circunstancia será, ciertamente, maravillosa y hablará de vuestro corazón que tiene las dimensiones del mundo entero. La generosa aportación de todo el Instituto, será donada para esta nueva obra y para otras necesidades del Instituto.

Mi agradecimiento es, en primer lugar, para la Inspectora - Sor Yolande Kikange - y para cada hermana de la Inspectoría AFO por haber implicado al Instituto en torno a un tema actual y fuertemente carismático: *Con un corazón oratoriano, en la comunidad educativa, llevamos con audacia a los jóvenes la alegría del Evangelio.*

Es una hermosa síntesis de los valores trascendentes que siempre apasionan, interpelan, impulsan a continuar el camino *juntos*, con corazón oratoriano y con la alegría que es parte esencial de nuestra identidad de Hijas de María Auxiliadora.

Doy las gracias a la Vicaria general, sor Chiara Cazzuola, por haber comunicado al Instituto la propuesta de la Inspectoría AFO con indicaciones concretas, útiles para realizar el camino con profunda gratitud al Señor que continuamente se hace presente en nuestra Familia religiosa con modalidades siempre nuevas.

Por tanto: la *alegría* del anuncio, testimoniada con *corazón oratoriano a los jóvenes y con los jóvenes, como comunidad educativa*, son las reflexiones

que quiero compartir con vosotras, consciente de que el tema propuesto es muy rico y requiere una profundización más amplia y una actitud de oración, a la escucha de lo que el Espíritu Santo quiere decirnos para renovar la pasión del *da mihi animas cetera tolle*.

Confío en vuestro compromiso de vivir esta experiencia, fortaleciendo en la comunidad el *corazón oratorio*. Pienso que el gracias más hermoso será el testimonio de comunidades alegres y contagiosas de vida y de futuro.

Anunciamos la alegría del Evangelio

"Que pueda el mundo de nuestro tiempo - que busca unas veces en la angustia, otras en la esperanza- recibir la Buena Noticia, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino por ministros del Evangelio, cuya vida irradie fervor, porque han recibido primero la alegría de Cristo". Estas palabras de Pablo VI (*Evangelii Nuntiandi*, n. 75) son propuestas de nuevo con energía por el Papa Francisco en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* que hace de la alegría el motivo de fondo de toda la actividad pastoral y misionera de la Iglesia.

El Evangelio se anuncia con alegría, porque la alegría es el significado mismo del Evangelio. Este, es alegría, feliz noticia. Todos los profetas habían preparado a Israel a recibir esta *buena noticia*. La alegría de la salvación, de hecho, es sobreabundante en los tiempos mesiánicos. Isaías, refiriéndose al futuro Mesías como si lo viera, dijo con júbilo: "Has multiplicado el gozo, has aumentado la alegría" (*Is* 9,2). Esta alegría es proclamada no sólo como un deseo, sino como una certeza presente, en voz alta y sin miedos. Toda la creación es invitada a participar: "Cielos, gritad de gozo; exulta, tierra; montes, estallad de júbilo, porque el Señor ha consolado a su pueblo, se ha compadecido de sus pobres" (*Is*. 49, 13).

El profeta Sofonías es aún más explícito: "Yahvé tu Dios, está en medio de ti, ¡poderoso salvador! Exultará de gozo por ti, te renovará con su amor, danzará por ti con gritos de júbilo" (*Sof* 3,17).

La alegría se hace superabundante con el advenimiento del Mesías. El Evangelio comienza con una invitación a una joven de Nazaret: "¡Alégrate!". Cuando Dios llega a nosotros, nos invita a la alegría. María la comunica a su prima Isabel, hasta el punto de hacer saltar al niño que lleva en su seno. Jesús comienza su misión identificándose con el Mesías anunciado por los profetas: "El Señor me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor". "Hoy - añadió – esta palabra se ha cumplido" (*Lc* 4,14-22). Y realmente la venida de Jesús en medio del pueblo es fuente de alegría que colma ante todo su corazón. "Exultó de alegría en el Espíritu Santo" (*Lc*

20,21). En la alegría quiere a sus discípulos, también en los momentos más duros y delicados: "Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena" (Jn 15,11).

Pero, ¿de dónde podemos obtener esta alegría? El secreto está en el encuentro con Jesús. Él no nos deja solos. Garantiza a los discípulos de todos los tiempos: "Os veré de nuevo y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestra alegría" (Jn 16:22).

Los apóstoles no olvidan esta consigna. Donde quiera que vayan, su paso lleva consuelo. Ellos celebran con alegría la Eucaristía, suscitan alegría incluso en el carcelero que escucha su mensaje (cf. Hch 2, 46; 16, 34).

El Papa Francisco, casi como una provocación, pregunta: "¿Por qué no entrar también nosotros en este río de alegría?" (EG, n.5). Entrar en ella es una condición para poder evangelizar. La alegría, de hecho, no puede ser encarcelada, ni retenida: es amor que se dona, que desborda y contagia. Podemos anunciar la alegría del Evangelio si nosotros estamos colmados, si volvemos al día en que Jesús nos miró haciéndonos sentir amados, llamándonos a ser anunciadoras en medio de la gente, especialmente entre las jóvenes generaciones.

El mundo en el que nos encontramos parece haber perdido las fuentes de la alegría. Con su oferta de consumismo no hace a las personas más felices: al contrario, genera una tristeza individualista, expresión del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enferma de placeres superficiales. Muchos de los conflictos en el mundo son provocados por la búsqueda de intereses económicos.

Muchos muros se están construyendo para cerrarse a la relación con hermanos y hermanas de otras culturas, religiones procedentes de otras realidades, por temor a abrirse a la diferencia. Cuando la vida interior se cierra en los propios intereses - observa el Papa Francisco – ya no hay espacio para los demás, no entran los pobres, no se escucha más la voz de Dios, no se goza de la alegría de su amor, no palpita el entusiasmo de hacer el bien. También los creyentes corren este riesgo continuamente. Muchos caen y se convierten en personas resentidas, infelices, sin vida (cf. EG, n. 2).

Queridas hermanas, en esta fiesta de la gratitud quiero decir en primer lugar un *gracias grande*. Visitando varias Inspectorías he podido constatar con mis propios ojos la luz que se irradia desde el corazón de tantas hermanas y comunidades, allí donde se vibra por la misión de llevar a Jesús a la gente, a los jóvenes con una atención privilegiada a los más necesitados. De hecho, precisamente desde la misión se encuentra fuerza para renovar cada día el amor a Jesús. El anuncio nos incomoda, nos llama a cambiar los hábitos que hacen débil nuestra esperanza, nos

permite ser *comunidades en salida*, llena de alegría nuestra vida cotidiana, fortalece la fraternidad y la comunión en la comunidad educativa, nos transforma. La fuente de nuestro entusiasmo profesional es el encuentro con Jesús. Por esto, *juntos*, llevamos alegría y esperanza al mundo, a los jóvenes y con los jóvenes.

A los jóvenes y con los jóvenes

Ir a los jóvenes y a los jóvenes con corazón oratoriano, y con ellos llegar a otros muchos en espera de pequeñas signos de vida, de esperanza y de alegría, apasiona profundamente porque es misión rica de memoria carismática. ¿Cómo no volver a Valdocco y Mornese, donde el corazón oratoriano latía fuertemente; donde la alegría, incluso en medio de muchas dificultades, connotaba un ambiente en el que el encuentro con Dios y con los jóvenes surgía de una sola fuente: el amor donado con alegría y continuidad?

"Ampliar la mirada. Con los jóvenes misioneras de esperanza y alegría" es la invitación del CG XXIII que nos vuelve a confirmar en la opción preferida de las jóvenes y los jóvenes con sus expectativas y fragilidades. En el compromiso de *ir* a ellos y *estar* con ellos aprendemos a descubrir y apreciar la necesidad de amor genuino que los habita; a mirar sus caras que revelan una vida interior a menudo influenciada por promesas efímeras de felicidad; a penetrar la riqueza de un corazón joven a veces oscurecido por una cultura egoísta y puesta en el mercado a bajo coste para violar la dignidad de quien es frágil, pero rico, porque ha sido creado a imagen de Dios.

Todos somos hijos de un mismo Padre y, por lo tanto, todo ser humano tiene derecho a disfrutar la verdadera felicidad de sentirse amado y poder amar, comprender que la vida nunca es pobre cuando sabemos descubrir en ella semillas de belleza, de sentido, de futuro.

"Don Bosco y Madre Mazzarello estaban convencidos de que quien ama a los jóvenes también aman su alegría, y que sin alegría no se puede vivir" (*Líneas orientadoras de la misión educativa de las FMA*, p. 7).

Pienso que son numerosas las experiencias que podemos compartir en ese sentido en todo el mundo. Los jóvenes desean encontrar testimonios de alegría y ¡no sólo a personas que hablan de la alegría!

Llevar a los jóvenes con audacia la alegría del Evangelio, como se nos pide en el tema de la Fiesta de la Gratitude, es un desafío a asumir junto a los propios jóvenes, porque en su vida hay una energía, un fuego que espera poder arder e iluminar la existencia de nueva esperanza. No es imposible este camino. Por supuesto, exige ir contra corriente, no dejar que nos bloqueen el relativismo dominante que nubla la posibilidad de bien presente en todos los corazones. En una sociedad fragmentada como la

actual, los jóvenes a menudo corren el riesgo de dispersión, por esto es importante despertar en ellos deseos latentes, motivaciones auténticas, sueños ocultos.

Don Bosco y Madre Mazzarello, en tiempos muy críticos, osaron ofrecer a los jóvenes un proyecto de vida capaz de suscitar preguntas, de darles vida experimentando con ellos el camino de búsqueda, a veces agotadora, pero alentadora para lograr el verdadero objetivo: el encuentro con Jesús. Con Él la existencia ya no es un laberinto sin sentido, de incertidumbre, sino una posibilidad de afrontar las alegrías y las dificultades, las sombras y las luces del cotidiano, la precariedad y las oportunidades como un sueño a realizar. No sólo eso, la vida es también un espacio para descubrir, con la gracia del Espíritu Santo, el amor de Dios que es fuente de alegría verdadera y duradera. El amor es la base de toda vocación: al matrimonio, a la vida religiosa, al compromiso social y misionero. Ayudar a los jóvenes y a los jóvenes a discernir el plan de Dios sobre su vida es la meta a la que tiende nuestra acción pastoral (cf. C 72).

Como toda vocación, también la salesiana, florece en un clima de relaciones significativas y necesita ser acompañada. Crear en nuestras comunidades un clima de confianza y alegría que favorezca el nacimiento de vocaciones salesianas es una condición fundamental (cf. C 50).

¿Creemos, queridas hermanas, que también hoy estamos llamadas a ofrecer este don a los jóvenes con la certeza de que Dios llama siempre, pero pide nuestra colaboración? ¿Cómo superar los obstáculos que se deben a la poca valentía de hacer la propuesta o, tal vez, a la poca fe en creer que Jesús dirige su mirada de predilección también a jóvenes que a nuestros ojos no parecen "encajar"? ¡Cuántas personas nos encontramos en las páginas del Evangelio que se sentían "llamadas" y han dejado todo para seguirle radicalmente! ¿Por qué no creer que también hoy pueda suceder lo mismo?

Hagámonos el don, en este tiempo de gratitud, de compartir en comunidad y en la comunidad educativa una reflexión, iluminada por la oración, sobre cómo buscar caminos adecuados y lanzar, con alegría y convicción, una clara propuesta vocacional.

Muchas gracias por esto y pido a Dios que os conceda ser irradiación de Su Voz en tantos jóvenes que, muy a menudo perdidos, esperan el aliento de la Palabra: "Ven y sígueme".

Es de gran ejemplo el Papa Francisco. En la carta dirigida a *todos* los jóvenes, en la que anuncia el Sínodo de los Obispos sobre el tema: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, ha recurrido a las palabras que Dios dirigió a Abraham invitándolo a dejar su tierra para abrirse a la tierra que Él le indicaría (cf. Gén. 12.1). Son palabras dirigidas también a

los jóvenes de hoy. Una invitación a *salir hacia* un futuro no conocido, pero portador de seguras realizaciones, hacia el que Jesús mismo acompaña. No es huir del mundo, sino escuchar la voz de Dios para ir hacia aquella *tierra nueva* que es "una sociedad más justa y fraterna, que vosotros jóvenes, - dice el Papa – deseáis profundamente y que queréis construir hasta las periferias del mundo".

A aquellos que le preguntan: "Maestro, ¿dónde vives?". Jesús dirigiéndoles su mirada responde con determinación: "Venid y veréis" (*Jn 1, 38-39*).

El Papa Francisco se dirige a los jóvenes con preguntas provocadoras, profundas, existenciales, porque, a pesar del ruido sorprendente que impera en el mundo, esta llamada continúa resonando en sus corazones para abrirse a la plenitud de la alegría. Esto será posible en la medida en que guías expertos estén preparados para iniciar un itinerario de discernimiento que acompañe a los jóvenes a descubrir el proyecto de Dios en su vida (cf. *Carta a los jóvenes*, 13 enero 2017).

Probablemente nace una pregunta en nosotros: ¿todo esto tiene relación con el "corazón oratoriano" que anuncia la alegría del Evangelio? Sí, a condición de que, *juntos*, como comunidad educativa, con el estilo de Valdocco y de Mornese, creamos con nueva pasión, que vivir el carisma salesiano hoy es *consumir* nuestra vida para los jóvenes, para que encuentren a Jesús y sean "felices en el tiempo y en la eternidad".

Hermanas, ¿estamos dispuestas a intercambiar este regalo sin reservas y con plena gratuidad, con renovado espíritu de fe?

Me gusta retomar las palabras de las/de los jóvenes presentes en el CG XXIII: "La casa verdadera es aquella donde habita una familia, donde nadie sienta que "ya ha llegado a la meta" y crea que sólo tiene que cambiar el otro. Por esto quisiéramos que fuerais capaces de construir relaciones, con la valentía de abrir las estructuras, las mentes, los corazones; de compartir la cotidianeidad con los que cruzan el umbral de vuestras casas, con una presencia auténtica y simpática, dejando el perfeccionismo y al afán de control. Dadnos confianza para planear juntos los cambios" (*Actas CG XXIII*, n. 18).

¿Qué experiencia estamos viviendo en esta línea? ¿Cómo nos transforma el encuentro con los jóvenes? ¿Cómo construimos la casa CON los jóvenes y los jóvenes? ¿Qué pasos podemos decidir juntos?

Como comunidad educativa con la pasión del carisma

En el CG XXIII ha emergido la necesidad de arriesgarnos a realizar *juntos* gestos proféticos, a consensuar pasos comunes a dar en todo el Instituto, ofrecer respuestas concretas a los grandes desafíos que nos interpelan para hacer llegar la frescura del Evangelio a las jóvenes y los jóvenes, especialmente a los más pobres, más vulnerables y olvidados.

Entre los gestos proféticos para actuar a nivel inspectorial y/o interinspectorial, se hace hincapié en el compromiso de reavivar la pasión del "corazón oratoriano" como un rasgo característico de la identidad salesiana (cf. *Actas GC XXIII*, n. 74).

En mis visitas a diversas partes del mundo, he podido constatar con alegría un notable empeño en buscar caminos nuevos también para la educación no formal y popular, asumiendo juntos - jóvenes y seculares - el *proyecto Oratorio-Centro Juvenil* para dar respuestas a los jóvenes en situación de necesidad. He palpado, cómo este campo, puede ser también un lugar privilegiado de experiencia misionera vocacional y de solidaridad entre los propios jóvenes.

Los veo entusiastas, apasionados por el carisma salesiano, disponibles para hacerse competentes "en humanidad" en ser pequeñas luces de compasión hacia los más desfavorecidos y abandonados. *Juntos* es posible aquello que a veces parece imposible, en un tiempo inédito de soledad, de desierto y evidente conflictividad.

Para *despertar al mundo*, como pide el Papa Francisco, son necesarias algunas condiciones en las que se impliquen los recursos presentes en la Iglesia, en la zona, en la Familia Salesiana y en las comunidades educativas. Es esencial compartir el *sueño* de ser comunidades educativas abiertas y acogedoras, lugares donde Jesús es el centro y donde los jóvenes pueden respirar el clima de familia típico de los orígenes, en el *respeto* de cada persona y en la *corresponsabilidad* madurada entorno a los valores de la espiritualidad salesiana.

En muchas realidades está consolidada la conciencia de que es importante *compartir la misión con los seculares y con los jóvenes*, otras están todavía en camino. Puedo afirmar, sin embargo, que en todas hay conciencia de que este es el camino correcto a seguir para anunciar a los jóvenes el Evangelio de la alegría. El "corazón oratoriano" nos hace sentir que los mejores interlocutores son los mismos jóvenes con su lenguaje y su sensibilidad tanto para los que creen como para los que todavía están en búsqueda, o se encuentran en la oscuridad.

Es hermoso y alentador, como comunidad educativa, dejarse transformar por la relación con ellos, valorarlos como *protagonistas del anuncio de Jesús a otros jóvenes* y no sentirlos solo destinatarios. Estar con ellos, escucharlos sin la preocupación de perder el tiempo, ofrecer la "pequeña palabra al oído" con humildad y "corazón", ir donde ellos viven, renueva nuestras comunidades y abre la mirada hacia aquellas periferias existenciales de las que a menudo oímos hablar y que nos interpelan profundamente (cf. *Actas GC XXIII*, Nos. 58-61).

Cuanto he compartido hasta aquí no agota la riqueza de la propuesta hecha por la Inspectoría AFO. Soy consciente de no haber transmitido

particulares novedades. Os agradezco que acojáis la invitación de continuar la reflexión y el compromiso de ser comunidades educativas que testimonian alegría y esperanza con "corazón oratoriano" sin cansarse. La gracia de Dios es nuestra fuerza y la presencia de M^a Auxiliadora es Guía, Madre y Maestra. Lo ha sido para nuestros Fundadores y quiere serlo también para nosotras hoy.

Si la alegría debe permear cada comunidad educativa, con mayor razón esto vale para las comunidades religiosas. "Donde hay religiosos hay alegría - dice el Papa Francisco-Estamos llamados a experimentar y mostrar que Dios es capaz de colmar nuestro corazón y hacernos felices... que la auténtica fraternidad vivida en las comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, de las familias, de los jóvenes, de los ancianos, de los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestras vidas" (*Carta apostólica* en el año de la vida consagrada, 21 noviembre 2014).

Queridas hermanas, he elegido concluir esta circular con las palabras del Papa Francisco. Es mi intención que entren profundamente en vosotras y se convierten en don recíproco de gratitud en este tiempo iluminado por la Pascua en el que la presencia del Espíritu Santo brilla con más intensidad. A cada una expreso mi agradecimiento por su disponibilidad a estar totalmente abierta a Dios y a la misión que nos ha confiado. Un agradecimiento muy especial, me gustaría expresar, a las hermanas ancianas y enfermas. Son un don precioso por la oración y el ofrecimiento de cada momento y con su amor sostienen el Instituto en las fatigas y en las alegrías cotidianas.

A todas os aseguro un vivo recuerdo al Señor para que juntas, en cualquier situación que nos encontremos, continuemos el camino de la santidad, con "corazón oratoriano", lleno de amor a Dios y de pasión por la salvación de las jóvenes y los jóvenes. Dejémonos guiar por María, la Maestra de Don Bosco y nuestra Madre.

En el clima de preparación a la Pascua extiendo mi felicitación a vosotras, queridas hermanas, a vuestras familias, al Rector Mayor Don Ángel Fernández Artime, a los Hermanos Salesianos, a los miembros de la Familia Salesiana, a toda persona comprometida en el ámbito de la educación y del anuncio de la Buena Noticia. Un saludo muy especial a las jóvenes y los jóvenes que ocupan un lugar especial en nuestros corazones. ¡Dios los bendiga!

Roma, 24 de Marzo 2017

Aff.ma Madre

Sor Yvonne Reungoat fma